



PatryTer

ISSN: 2595-0169

revistapatryter@unb.br

Universidade de Brasília

Brasil

Fighera, Delfina Trinca
Cambio y Geografia
PatryTer, vol. 6, núm. 12, e51568, 2023
Universidade de Brasília
Brasil

DOI: <https://doi.org/10.26512/patryter.v6i12.51568>

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=604076800013>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica Redalyc

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso
abierto

Cambio y Geografía

Delfina Trinca Fighera¹

Resumen: Decir que el momento histórico actual tiene como uno de sus rasgos definidores a la velocidad con la que se manifiestan los cambios es tautológico. En verdad, las décadas finales del siglo XX y las primeras del presente se han caracterizado por vientos de cambio que han marcado el quehacer cotidiano de la vida humana, pero también al de la ciencia en general, y dentro de ella a la Geografía. De allí que nos preguntemos: qué posturas ha asumido nuestra ciencia ante la rapidez de los cambios, pero sobre todo con la percepción que esta facilita de que el mundo palpita en cualquier lugar y viceversa? ¿Hasta dónde este rasgo ha contribuido y mucho con la especialización de la Geografía, ‘olvidando’ que ella *per se* es el ancla que le permite identificarse en el concierto de las ciencias. Indagar sobre estas interrogantes es lo que nortea a esta reflexión.

Palabras clave: percepción; especialización; rapidez.

Mudança e Geografia

Resumo: Dizer que uma das características que definem o momento histórico atual é a velocidade com que as mudanças estão se manifestando é tautológico. Na verdade, as últimas décadas do século XX e as primeiras do presente têm sido caracterizadas por ventos de mudança que marcaram as tarefas diárias da vida humana, mas também as da ciência em geral e, dentro dela, a Geografia. Daí nos perguntarmos: que posições nossa ciência tem assumido diante da velocidade, mas, sobretudo, com a percepção de que isso facilita que o mundo esteja pulsando em todos os lugares e vice-versa? Até que ponto essa característica tem contribuído sobremaneira para a especialização da Geografia, ‘esquecendo-se’ de que ela, por sua natureza, é a âncora que lhe permite identificar-se no concerto das ciências? Essas são as perguntas que orientam esta reflexão.

Palavras-chave: percepção; especialização; rapidez.

Change and Geography

Abstract: To say that one of the defining features of the current historical moment is the speed with which change is manifesting itself is tautological. In truth, the final decades of the twentieth century and the first decades of the present have been characterized by winds of change that have marked the daily tasks of human life, but also those of science in general, and within it, geography. Hence we ask ourselves: what positions has our science assumed in the face of speed, but above all with the perception that this facilitates that the world throbs in any place and vice versa? To what extent has this feature contributed greatly to the specialization of geography, ‘forgetting’ that it *per se* is the anchor that allows it to identify itself in the concert of sciences? This reflection is based on these questions.

Keywords: perception; specialization; speed.



DOI: <https://doi.org/10.26512/patryter.v6i12.51568>

Como citar este artículo: Trinca, D. (2023). Cambio y Geografía. *PatryTer – Revista Latinoamericana e Caribenha de Geografia e Humanidades*, 6(12), e51568. DOI: <https://doi.org/10.26512/patryter.v6i12.51568>

Recibido: julio de 2023. **Aceptado:** agosto de 2023. **Publicado:** noviembre de 2023.

¹ Profesora Titular de Geografía. Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7878-3840>. E-mail: delfina.fighera@gmail.com

1. Algunas ideas preliminaresⁱ

La curiosidad por saber que hay más allá de lo conocido siempre ha acompañado al ser humano. Esa innata necesidad por aproximarse a lo desconocido lo ha llevado a tratar de descubrir cómo es y cómo funciona el mundo natural, y darse cuenta de que este presenta condiciones que responden a sus leyes y no a las suyas. Es este binomio curiosidad/necesidad y su incesante esfuerzo por explicarlo y comprenderlo a través de su historia, lo que le ha facilitado, para bien o para mal, llegar hasta nuestros días. La tan cacareada relación entre el hombre social y políticamente organizado y el mundo natural es, sin duda, trascendente para aproximarnos a la Geografía desde los tiempos primigenios hasta la actualidad.

Hoy día, la inminente crisis ecológica, los problemas asociados con la capa de ozono, la creciente amenaza de las armas de destrucción masiva, el auge, aparentemente indetenible, de las nuevas tecnologías, en particular de las asociadas con la información y comunicación (Tics), por no incluir al calentamiento global con sus consecuencias a corto, mediano y largo plazo, apuntan a que la discusión sobre el significado de la vida en nuestra casa común no puede prolongarse por más tiempo (Harari, 2018). En verdad se tiene “conciencia” que las acciones humanas repercuten en la vida conocida del planeta en todas sus expresiones. De allí la pregunta: ¿Hasta donde la ‘explotación racional’ de la naturaleza, así sea con los fines más loables, nos exime de sus consecuencias? ¿Será parte del problema el que se continúe viendo al mundo natural como algo “externo”, fuera de nosotros, el que además se puede “controlar”? (Latour, Schwartz & Charvolin, 1998).

Tal pretensión, por no decir arrogancia, tiene mucho que ver con la forma como se ha abordado la relación entre el hombre organizado social y políticamente y la naturaleza. En este proceso se observa que esta ha sufrido múltiples y, en más de una ocasión, profundas transformaciones. No está demás afirmar que la más de las veces su manifestación concreta no ha sido muy favorable para esta última. No creemos pecar de exagerados si decimos que el planeta muestra claros indicios de que se está resintiendo de esa explotación “racional” por parte del hombre social. Ya se sabe que el planeta no tiene la misma capacidad de recuperación ante el uso y abuso que el ser humano ha hecho de él, sobre todo desde mediados del siglo dieciocho y mucho más desde la segunda mitad del veinte y lo que va del veintiuno. Nada sugiere que los distintos esfuerzos realizados desde diferentes ámbitos vaya a

mejorar el creciente deterioro que sufre el entorno donde se desarrolla la vida.

Volviendo la mirada hacia tiempos pretéritos se observa que la relación entre los seres humanos y el entorno donde desarrolla sus actividades está marcada por una progresiva ruptura entre ambos; este proceso muestra claras señales de aceleración desde el momento en que hombre se descubre a sí mismo como individuo e inicia la mecanización del planeta, con el único afán de pretender su dominación (Santos, 1996). A partir de la Revolución Industrial, los hombres precipitan la artificialidad de la naturaleza al demandar cada vez más de ella bajo el plausible lema de construirse una vida mejor (Trinca Fighera, 2010). Hoy día es bastante difícil para el hombre común distinguir, con claridad entre las obras de la naturaleza y la de los hombres, indicando dónde terminan unas y comienzan las otras, o donde culmina lo estrictamente técnico y donde comienza lo social. De allí que teorizar por separado sobre el mundo natural y el social, conduce a mantenernos fuera de la naturaleza. En verdad, las ciencias sociales no han hecho más que separar cada vez más la brecha existente entre ambos mundos (Latour, 2007).

Cabe preguntarse qué ha pasado en estos últimos tres siglos de la historia humana. Parece inobjetable que los seres humanos, a pesar del gran esfuerzo por “distanciarse” de su origen en tanto que seres vivos, continúan conviviendo en un entorno social inseparable del natural en el que despliegan sus acciones. Pero, a la postre, la “agresión” al entorno en el que se desenvuelve la vida también incluye a nuestra vida. Pareciera que se pasó de una situación en la que la naturaleza era la “dominante” a otra en la que, progresivamente, los humanos son los dominantes; pasamos de un acto “civilizatorio” de la naturaleza, gracias a las revoluciones científico-técnicas, a otra en la que somos sus “protectores” (Latour, Schwartz & Charvolin, 1998).

Resulta por tanto impostergable para los estudiosos de las ciencias humanas, en particular para la Geografía en tanto que ciencia que ha pretendido erigirse como una descripción de la Tierra, de sus habitantes y de las relaciones entre estos y de las obras resultantes (Santos, 1996), internalizar que la naturaleza no está “fuera” de nosotros; que la relación que desde siempre hemos mantenido con ella no debe pasar por la consigna de que nuestros actos han contribuido con creces a su progresivo deterioro, lo que por demás no deja de ser cierto, lo que nos obliga a trabajar intelectualmente para fortalecer una actitud que no refuerce la “separación”, sino todo lo contrario: que

tienda a fortalecer el hecho de que la naturaleza no es “externa” a los hombres. Su explotación no nos coloca fuera de ella, solo nos define como una cultura particular.

2. ¿Y qué pasa con la Geografía en este contexto?

Es oportuno recordar que ya desde la llamada Geografía Moderna, la investigación adelantada entre los que profesan esta disciplina, además de otros representativos de otros campos del saber, se centraba en lo que para la época se definía como medio natural, bajo la consideración de que este era real, pero “ajeno” a los hombres y por ello objetivable para ellos. Capel y Urteaga (1982) señalan que la investigación científica facilitaba conocer las condiciones de la naturaleza e intervenirla racionalmente. Demás esta afirmar que esta idea de separar al hombre de su entorno es consustancial con el momento histórico de “civilizar” a la naturaleza. Para la Geografía, esto significó separar de una vez por todas los fenómenos en dos esferas independientes (algo que ya se venía haciendo desde la antigüedad): de un lado, la de los naturales, y del otro, la de los sociales. Allí está la “separación” entre lo que se conoce como Geografía Física y Geografía Humana; la primera ocupándose del mundo natural y sus manifestaciones; la segunda, del ámbito de acción del mundo de los hombres.

Ya desde ese momento, la idea de que la naturaleza era ‘externa’ al mundo social se instala en nuestra disciplina; para “acceder a ella” era necesario estudiarla para descubrir sus características y leyes. Esta “separación” sigue estando presente aún hoy día, a pesar de que se reconoce que se han hecho esfuerzos importantes desde diferentes posturas teóricas y metodológicas, por intentar superar ese dilema que ha acompañado a la Geografía se podría decir que desde su origen, pero sobre todo a partir del siglo diecinueve. Ejemplo de ello se encuentra en más de un intento por otorgarle a la naturaleza algún grado de resistencia, ante algunas perspectivas teóricas que asumían que lo natural solo interesaba en tanto que reservorio para la existencia del hombre, dejándola de lado, pero manteniendo la noción de que es “externa” a la vida humana (Frolova & Bertrand, 2006).

Allí se encuentran enfoques - y posturas - que van desde desconocerla de manera explícita; o aquellas que emergen ante ese manifiesto desconocimiento como el caso de los ecologistas que pregonan que se debe entrar en armonía con esta, de las que la Geografía también se hizo eco; o las que sostienen que la investigación adelantada por

los geógrafos u otros profesionales a quienes les interesa el tema de la relación sociedad/naturaleza, deberían “escoger” el campo en el que se desarrollarían sus pesquisas; en otras palabras, el del mundo natural o el del mundo social, ya que lo “natural” solo interesaría en tanto que aporta recursos para la vida humana. Intentos más, intentos menos, la Geografía, en su desarrollo epistemológico, sigue discutiendo el hecho de que la naturaleza es asumida como externa de la vida humana, pero absolutamente necesaria para esta, por lo que nuestra interacción con ella está determinada por la necesidad. Es allí, en el reino de la necesidad donde se debe ubicar esta relación, más que en el de la libertad.

3. Vientos de cambio y Geografía

La historia humana ha sido estremecida en más de una oportunidad por vientos de cambio, los que, desde hace ya unos cuantos años, no se limitan a un lugar o ámbito en particular, sino que, por el contrario, se hacen sentir en todos los campos de acción del hombre. Si oteamos el ayer se constata que no es la primera vez que la humanidad vive tiempos turbulentos y confusos y, que ahora, como en tantos otros momentos, los avances tecnológicos tienen mucho que ver. No hay que olvidar que cada época está definida por aquellos procesos que facilitan que los datos esenciales de cualquier período se incorporen a la vida social, lo que no excluye a los lugares, por cuanto estos se objetivan a través del uso que el hombre organizado social y políticamente hace de estos.

Es allí donde se debería ubicar la idea de lo híbrido como uno de los rasgos distintivos de la modernidad de nuestro tiempo, aun cuando sea precisamente desde esta que se “separa” lo natural de lo social. En este sentido, Latour (2007, p. 47) sostiene que la epistemología en la que se sustenta la modernidad sembró el equivocó de trabajar con conceptos puros: “La separación entre un poder científico, representativo de las cosas y un poder político, representativo de los sujetos”, es uno de los puntos de partida de la separación entre naturaleza y cultura. De allí que este autor señale que no existen conceptos puros, y que la modernidad del presente debería, por el contrario, empujarnos sistemáticamente a trabajar con conceptos híbridosⁱⁱ (Latour, 2007). Por ello, se está de acuerdo con la idea de que pensar en el territorioⁱⁱⁱ usado es pensar en términos híbridos.

El avance tecnológico de nuestros días ha significado un salto cualitativo con relación a otros de otros momentos de la historia del hombre. Pasamos del tiempo de los hombres, al de las

máquinas y ahora al de la instantaneidad (tiempo real). Todos han sido momentos de aceleración, con impactos variables, en la capacidad de adaptación del hombre, pero que no entraban en contradicción con la velocidad del cambio tecnológico, sobre todo en los dos primeros, pero el impacto de la tecnología de nuestro tiempo ha sido tal que todos, unos más otros menos, sentimos que todo el entorno está siendo alterado tan rápidamente que no estamos en capacidad de seguirle el ritmo; en palabras de Friedman (2018, p. 42): “el mundo no está cambiando rápidamente (...) se está remodelando radicalmente, está empezando a funcionar de manera diferente en muchas áreas a la vez. Y esta remodelación está ocurriendo más rápidamente de lo que hemos sido capaces de remodelarnos nosotros (...)”.

¿Qué ha ocurrido para que después de milenios de cambios graduales y casi imperceptibles, nuestra vida se haya modificado radical y visiblemente? Detrás de este salto están los cambios tecnológicos que han desencadenado una impresionante ampliación de la producción y el consumo, con lo cual nuestro cotidiano se ve rápidamente perturbado, ya que esta forma de producir, asociada a un mejora sustantiva de la productividad del trabajo, condujo a un constante incremento de los bienes a disposición de los seres humanos. En general, antes del tiempo de las máquinas, la vida de los seres humanos era monótona, las tareas eran repetitivas, y la inmensa mayoría de la población se dedicaba a actividades vinculadas a la agricultura. Sin duda, desde la antigüedad hasta aproximadamente la mitad del siglo dieciocho, las innovaciones no fueron muchas y con pocas variaciones (Sabino, 2001). Podían pasar más de cien años para que las personas se percataran de que algo había cambiado; sin importar cuales fuesen los cambios introducidos en algunas ciudades, estos tardaban muchísimo en llegar al mundo rural; por tanto, había tiempo más que suficiente para adaptarnos a los cambios.

Para finales del siglo diecinueve y primeras décadas del veinte, este proceso de cambio tecnológico y científico se acelera de manera muy rápida (la ciencia descansa en sus propios descubrimientos), con lo cual de los cien años o más del tiempo de los hombres, solo se necesitó de unos veinte o treinta para que la tecnología nos trasladara a un mundo diferente^{iv}; sin embargo, nuestra capacidad de adaptación al cambio era aún manejable. Hoy día, las innovaciones tecnológicas demoran en presentarse ante nosotros en un plazo que oscila entre cinco y siete años, pero nuestra adaptación a ellas va a tardar entre diez y quince

años. La velocidad con la que se incorporan nuevas creaciones tecnológicas a nuestro cotidiano es impresionante: cuando recién empezamos a asimilar lo “nuevo”, ya otra innovación se habrá instalado, por lo que el mundo conocido comienza a mostrar cambios que tendencialmente va a afectar a nuestra vida. Parece redundante afirmar que nuestras estructuras sociales, incluyendo las personales, no están en condiciones de seguirle el ritmo a la velocidad del cambio^v (Friedman, 2018).

Cómo ha impactado a la Geografía esta realidad tan cambiante del momento actual. Si nos detenemos a revisar, así sea de manera muy rápida, como la velocidad que caracteriza al mundo del hoy (tiempo real), favorece para que nos “traslademos” de un lugar a otro, sin movernos del lugar en el que vivimos, induce a pensar que podríamos “ir por el mundo” sin movernos de nuestra casa. La instantaneidad, en tanto que rasgo definidor del presente, transmite la ilusa idea de que lo importante es el tiempo y no los lugares donde se desarrolla la vida. Ante esta falsa ilusión de que los lugares se “difuminan” a favor del tiempo, es oportuno recordar que nada se hace con el cuando sin el donde. La vida de los hombres se desarrolla en lugares con características técnicas y organizacionales definidas y que constituyen su realidad (pensemos en el territorio usado como sinónimo de espacio geográfico, en tanto que objeto de estudio de la Geografía).

El mundo de nuestros días está marcado por el avasallante cambio tecnológico, lo cual facilita sin duda ninguna que a la vez que se comparte el cotidiano del lugar donde vivimos, se puede estar en contacto, de manera sincrónica, con otras personas que viven en cualquier parte del planeta, en lugares que también tendrán sus propias temporalidades definidas por sus propias condiciones técnicas y organizacionales. Es importante no olvidar que es por el donde (lugar) que el tiempo se realiza (se empiriza) y no al revés.

Los lugares tienen rasgos que permiten definirlos y, por tanto, diferenciarlos de otros. Y estas características vienen dadas no sólo por los elementos que definen lo nuevo de cada momento histórico, sino por la particular manera que tienen de combinarse en cada lugar, ya que el orden espacial y temporal, distintivos de cada lugar, es el que va a determinar su inserción dentro del mosaico de objetos que identifica a cada lugar. Los datos que definen a nuestro tiempo son los mismos para todos los lugares, pero la forma de materializarse, de cobrar vida, está en correspondencia con las características que distinguen a cada lugar. Es oportuno recordar que la globalización impacta a los

lugares de manera diferenciada, por cuanto no todos ofrecen las mismas oportunidades para acoger a las variables definidoras de la historia del presente. Lo global entonces no prescinde del lugar, aun cuando lo toque diferencialmente, y tendencialmente transforme su esencia, bien por coacción o admisión (Trinca Fighera, 2003).

Si la ciencia y la tecnología de nuestro tiempo han facilitado que la comunicación entre los seres humanos se realice en tiempo real, los lugares en los que viven no se diluyen por ello. La historia muestra con creces que el conocimiento humano es evolutivo, que los saberes del hoy tienen pasado. De no estar atentos a las transformaciones que caracterizan al tiempo actual puede ocurrir que nuestro raciocinio se oriente por sendas erradas. Todo lo que sucede tiene su particular manera de hacerse sentir a través de viejas y nuevas combinaciones del cómo los hombres usan los territorios. Lo nuevo nunca está solo: siempre coexiste con lo viejo.

Por ello es tan importante entender que está ocurriendo hoy; de no hacerlo, se corre el riesgo de confundir los rasgos definidores del presente con los viejos. No se puede dejar de lado que, al igual que antes, lo nuevo es lo que define las relaciones entre los hombres, pero también aquellas que estos mantienen con su entorno; de allí que sea tan fácil confundir lo nuevo con lo viejo y cometer el error de aproximarse al presente con la mirada filtrada por el pasado, con lo cual seríamos incapaces de conocer el presente.

Para cualquier sociedad es absolutamente necesario volver la mirada a su pasado para enfrentar los problemas del presente y proyectar su futuro; comprender la historia del cómo su territorio se ha construido y organizado su espacio es esencial para afrontar los retos del hoy y del mañana. La Geografía y su inseparable amiga la Historia facilita dar cuenta de la indisoluble unión que siempre ha existido entre los lugares en los que se desarrolla la vida y su estrecha relación con el progreso técnico que le subyace a cada modernidad.

4. Algunas reflexiones finales

Llegados a este punto de la reflexión, parece importante puntualizar que todo lo que está aconteciendo en el mundo de nuestros días ha tocado al andamiaje científico. Si la suma del conocimiento humano ha sobrepasado con creces la capacidad de adaptación de las personas, que queda para las ciencias, que queda para la Geografía; un camino podría ser concentrarse en un solo aspecto del cambio, puesto que difícilmente se podría abarcar todo el conocimiento acumulado y

cambiante gracias a la tecnología, en una “sola” disciplina científica. Ya desde los tiempos de la máquina, la ciencia se ha venido parcelando y cada vez más, topándonos con especializaciones, incluso dentro de estas, para dar cuenta del crecimiento exponencial del conocimiento. La Geografía no es una excepción en este sentido.

Aun cuando mantenemos en la práctica la separación entre Geografía Física y Geografía Humana, reminiscencia del “alejamiento” entre el hombre organizado social y políticamente y su entorno, es bastante común que al trabajar un tema desde cualquiera de ellas, la Geografía tiende a ‘perdersé’ en especializaciones, bien sea del campo bio-físico, bien del campo social. Parece bien importante que para aproximarse a lo que ocurre en el mundo del hoy, el quehacer geográfico debería prestar más atención a la trayectoria evolutiva que ha llevado a nuestro planeta al punto que conocemos en la actualidad. Se comparte con Shepard (2022) que se requiere de un abordaje espacio-temporal, en el que la historia y la evolución deberían ocupar un lugar central en nuestras investigaciones, siendo transversales los ámbitos físico y humano.

De igual manera, hay que visualizar que la multiescalaridad es muy importante en este momento de la historia del presente, por cuanto manifestaciones localmente diferenciadas de procesos globales dan cuenta de distintas coyunturas localizadas que también inciden en los procesos a escala global. Desde hace un buen tiempo existen investigaciones que conectan lo global con lo local tanto en la geografía física como en la humana, asumiendo que los procesos que operan a diferentes escalas interactúan mutuamente. Si bien muchos geógrafos (físicos) se preocupan por las macro geografías (construcción de modelos de la evolución histórico-geográfica del cambio climático, por ejemplo), sería por demás interesante que incorporasen las acciones humanas y sus impactos en sus modelos; a su vez, los geógrafos humanos, que tienden a priorizar las escalas locales o regionales, deberían tener presente (no siempre es así), que los acontecimientos locales tienen conexiones globales, con manifestaciones diferenciales en términos de escala (Shepard, 2022).

Pero hay que resaltar como un dato muy importante que cada vez más investigadores del campo de la Geografía Física demuestran interés por cuestiones epistemológicas que también le interesan a los geógrafos humanos. Parece impostergable que los “humanos” se familiaricen con los procesos biofísicos y que los “físicos” lo hagan con la forma de como los procesos sociales forman parte de los

fenómenos biofísicos. A esto se le suma que en más de una ocasión, también desde el punto de vista metodológico, se observa una división en la práctica entre el abordaje cuantitativo y el cualitativo, lo que tiene mucho que ver con el hecho de que la Geografía académica se nos presenta “fragmentada” en departamentos que adelantan investigaciones “cuasi-independientes” (Gaspar & Lindónio, 2022).

Por todo lo señalado, parece obvio que en nuestro quehacer académico (docencia, investigación y extensión) se prioriza la especialización en el seno de la Geografía. Dejar de lado a nuestra disciplina en tanto que ciencia y concentrarnos en sus especializaciones (las Tics favorecen y mucho esta percepción) inclinaría la balanza hacia la profundización de sus divisiones y sus cercanas y distintas aproximaciones metodológicas. La Geografía es el “amarre”, el ancla, de todas sus especializaciones; de no hacerlo, es muy fácil perderse en ellas, mucho más cuando el avance tecnológico exige de manera exponencial respuestas puntuales a todas las ciencias.

Para los que tenemos a la Geografía y su ejercicio como “la disciplina” para aproximarnos al segmento de la realidad que nos compete describir, explicar, comprender, es esencial tener presente que todo lo que sucede en el mundo (natural y social) tiene su particular manera de hacerse sentir a través de viejas y nuevas combinaciones, siempre presentes, del como los hombres usan sus territorios y es ese híbrido (territorio usado), parafraseando al geógrafo brasileño Milton Santos, el que nos remite a no dejar en el tintero que lo nuevo nunca viene solo, que coexiste con lo viejo. Por ello se reitera que para cualquier sociedad es imprescindible conocer su pasado para enfrentar los problemas del presente y proyectar su futuro; conocer la historia del como su territorio se ha usado - y usa - organizando su espacio es fundamental para afrontar los retos del hoy y del mañana.

Dejar a la Geografía por sus especializaciones, es dejar de lado la indisoluble unión que siempre ha existido entre los lugares en los que se desarrolla la vida y la historia del como quienes en ellos viven los han usado. Es asumir teórica y metodológicamente que nuestro objeto de estudio es “híbrido”; es asumir que el hombre organizado social y políticamente tiene una relación biunívoca con el entorno en el que desarrolla sus actividades, por lo que el concepto de territorio usado enuncia el como se resuelve la relación histórica entre el mundo de los hombres y el natural.

5. Referencias bibliográficas

- Capel, H. & Urteaga, L. (1982). *Las nuevas geografías*. Barcelona: Salvat Editores, S.A.
- Friedman, T. (2018). *Gracias por llegar tarde*. Bogotá: Ediciones Deusto, Grupo Planeta.
- Frolova, M. & Bertrand, G. (2006). Geografía y paisaje. In *Tratado de Geografía Humana* (pp. 254-269). Barcelona: Anthropos. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Gaspar, G. & Lindónio, D. (2022). Continuamos a procurar a Geografía: o que é e para que serve. *Ikara, Revista de Geografias Iberoamericanas*, (1), 1-14. <https://doi.org/10.18239/Ikara.3059>
- Giddens, A. (2007). *Mundo em descontrolo: O que a globalização está fazendo de nós*. Rio de Janeiro: Editora Record.
- Harari, Y. (2018). *21 lecciones para el siglo 21*. Penguin Random House: Grupo Editorial España.
- Latour, B. (2007). *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Latour, B., Schwartz, C. & Charvolin, F. (1998). Crisis dos meios ambientes: desafios às ciências humanas. In *Tecnociência e cultura. Ensaio sobre o tempo presente* (pp. 91-125). São Paulo: Editora Estação Liberdade Ltda.
- Sabino, C. (2001). *Desarrollo y Calidad de Vida*. Caracas: CEDICE. Editorial Panapo de Venezuela.
- Santos, M. (1996). *A natureza do espaço. Técnica e tempo. Razão e emoção*. São Paulo: Editora Hucitec.
- Sheppard, E. (2022). Geography and the present conjuncture. *Environment and Planning F*, 1(1), 14-25. <https://doi.org/10.1177/26349825221082164>
- Trinca Fighera, D. (2003). Impactos y tendencias territoriales de la globalización en América Latina. *Iber: didáctica de las ciencias sociales, geografía e historia*, (35), 13-20. <http://hdl.handle.net/11162/88154>
- Trinca Fighera, D. (2010). La relación ambiente y desarrollo vista desde la Geografía. *GeoTrópico*, (4), 1-9. https://www.researchgate.net/publication/338542705_La_relacion_ambiente_y_desarrollo_vista_desde_la_geografia

Notas

ⁱ Resultado de reflexiones ante los turbulentos vientos de cambio que caracterizan al mundo de nuestros días.

ⁱⁱ La modernidad parte de la separación naturaleza/cultura (lo no humano y lo humano), pero que comporta híbridos (combinación de lo natural y lo cultural, en tanto que productos visibles de la ciencia y la tecnología). Latour (2007) insiste que nuestras teorizaciones no se deben constreñir a dos formas puras, ya que naturaleza y sociedad no son más los conceptos explicativos, sino que requieren de una explicación conjunta.

ⁱⁱⁱ El término territorio se está utilizando en su acepción más amplia; es decir para referirse a aquellas porciones de la superficie de la tierra, sobre las que el hombre, históricamente, ha tomado posesión. En consecuencia, sujetas a relaciones de poder. Por tanto, no es más que sustentar que una sociedad, políticamente organizada, detenta el control, ejerce el dominio, sobre un pedazo de la corteza terrestre.

^{iv} No está demás señalar p. ej., lo que significó el ferrocarril y más adelante el automóvil para acortar distancias; o el telégrafo y después el teléfono para acercar a las personas como objetos técnicos desencadenantes de nuevas formas de usar y organizar el territorio (Giddens, 2007; Trinca Fighera, 2003).

^v Aun cuando la sociedad y los seres humanos se han adaptado progresivamente a los cambios, en promedio la velocidad del cambio tecnológico se está acelerando tanto que está por encima de la velocidad promedio a la que la mayoría de las personas pueden asimilar los cambios (Friedman, 2018).